

## **Mapa de los silencios, llamado de la Palabra**

-Del exilio de los saberes a la inclusión del saber-

Ruth Ramasco de Monzón

En las tramas de nuestras palabras existen diferentes silencios: hay silencios significativos y silencios angustiantes, silencios que brotan de un profundo dolor, silencios en los que guardamos nuestras alegrías más profundas. (¿Quién no puede experimentar, al mirar estas montañas, que quiere callar para que puedan entrar para siempre dentro de nuestra alma?) Hay también silencios que representan nuestras renunciaciones y nuestra profunda perturbación; otros brotan de aquello que nos tiene retenidos por dentro e impide nuestra entrega: nuestras heridas, nuestras desilusiones, nuestros resentimientos, nuestros enojos.

Animarlos a hablar, tal como lo hemos hecho el día de ayer, es también animarlos a efectuar la experiencia de hacer presentes sus silencios. No sólo individualmente, no sólo dentro de su comunidad de pertenencia: dentro de esta pequeña pero real y vigorosa experiencia de eclesialidad en la que hemos transitado estos días. Comunidades diferentes en historias y desafíos, diferentes en opciones, diferentes en sufrimientos; pero comunidades reunidas en torno al seguimiento de Jesús, el Cristo; animadas por el Espíritu; con el corazón y la inteligencia conmovidos por la vulnerabilidad y el arrojo, la fuerza de vida y los dolores de los alumnos y alumnas que les han sido confiadas; comunidades que anhelan ser inclusivas de sus miembros adultos (profesores, personal todo en sus diferentes funciones, padres, creyentes y no creyentes), y también de todos aquellos a los que el soplo del Espíritu acerque a sus puertas; el soplo del Espíritu, no nosotros. Experiencia de eclesialidad que también padece la tensión de moverse entre los polos de una homogeneidad agobiante y la fragmentación que dispersa y aleja. No fue muy diferente la experiencia de la Iglesia primitiva; no es muy diferente la experiencia de la Iglesia actual.

En este hermoso y de a ratos muy difícil camino transitado estos días, nuestras comunidades se han sumergido en el misterio profundo y real de la vida de la Iglesia. De ahí que no deban temer a los desasosiegos producidos por las diferencias; ni deban renunciar a la búsqueda permanente de las claves de comunión: el mismo Espíritu que distribuye los dones de nuestros rostros singulares, es quien escruta e impulsa en nosotras nuestros vínculos de comunión. Es el Espíritu quien sostendrá los desafíos que nos esperan, los logros que nos esperan, los fracasos que también nos esperan. No teman: entreguen su confianza a la fuerza ineludible de nuestro Dios.

Ahora bien, nuestra vida de escuela en clave pastoral, nuestra vida de comunidad, nuestra vida de catequistas, no tiene sentido cristiano si no es un seguimiento de Jesús el Cristo. Necesito decir esto con toda la fuerza de mi alma: ningún valor humano, ni siquiera el más elevado de ellos, es cristiano sin la forma del seguimiento de Jesucristo. La solidaridad es cristiana si brota de la configuración con Jesucristo, en cuyo misterio Dios se ha vuelto solidario con todos los hombres: es en el Misterio de la Humanidad del Verbo hecho carne donde se encuentra el sentido cristiano de la solidaridad. Fuera de ello, por supuesto que es posible la solidaridad, como acción en la que los hombres asumen su compromiso en la vida de los hombres, entran sus bienes y sus servicios a favor de aquellos a los que considera sus pares. Pero la solidaridad en la que nosotros creemos es aquella en la que la misma vida trinitaria se ha entremado con nuestras vidas, aquella que no cree que basta el hombre para sostener al hombre, que no tiene la soberbia y autosuficiencia de pensar que su corazón puede abrirse a todo dolor, toda dificultad, toda carencia, porque siempre habrá algún dolor, alguna dificultad, algún hombre o mujer que nos revelará los límites de nuestra capacidad de amor y sostén. Si nuestras comunidades, si nuestros alumnos se sensibilizan con el dolor de los hombres, tal vez hagamos una hermosa tarea, pero no necesariamente, por definición, los estaremos sumergiendo dentro del Misterio del Dios Vivo. Y cabe la posibilidad que, ante la llegada de los límites de su acción y su eficacia, ante los límites de su propia capacidad de amor, piensen que se alejan de Dios.

No construyan una experiencia de solidaridad que olvide el misterio del mal en el interior del hombre, que no tenga en su memoria el misterio de la Redención. No transformen sus prácticas solidarias en una clausura práctica a su sentido teológico. Su sentido teológico nos dice que el hombre se entrama al hombre desde Aquel que ha

venido a favor de todos los hombres; su sentido teológico nos dice que los hombres y mujeres se vuelven solidarios de todos los hombres y mujeres cuando orientan su vida y su vocación al servicio, en la diversidad de los dones y tareas que el Espíritu impulsa dentro de su Iglesia. Es la decisión de que el propio don, el propio carisma, se vuelva servicio y don de todos, eucaristía para aquellos que tienen hambre del pan en el que Dios transforma nuestra vida, lo que construye diversos caminos de solidaridad. Es el carácter abierto, generoso e inclusivo de todos, particularmente responsable de los más humildes y desposeídos, la marca de nuestra solidaridad, y no tal o cual tipo de actividad. No desalienten ni arriesguen a la desesperación a aquellos a los que el Espíritu ha regalado dones que no entendamos o que no sean simétricos a los nuestros; no los hagan experimentar en sus prácticas, en sus palabras, en sus exigencias que sus dones no proceden de Dios; no los torturen con la sospecha de que si desarrollen su dones no serán cristianos, porque es a Uds. a quienes el Dios Vivo les pedirá cuenta de que hayan abandonado la construcción del Reino. Y Uds. no podrán sustituir sus dones, y los hombres y mujeres, los pequeños y desposeídos, quedarán hambrientos del pan que ellos y no Uds. debían entregarles. No impidan el soplo del Espíritu; no pequen contra el Espíritu, porque serán vomitados de la boca del Dios Viviente. Es este reconocimiento de que formamos parte de un Misterio que suscita la multiplicidad de dones y carismas, lo que nos permite descansar en paz en la tarea que sí nos ha sido confiada. Entréguense en paz y humildad a la acción de los voluntariados si éste es su don; si arraigan su sentido a Jesucristo; si no obstaculizan el soplo del Espíritu; si no es así, *conviértanse y crean en el Evangelio*. Y sólo desde ahí, vuelvan al voluntariado.

Vayamos ahora a una pregunta presente de alguna manera, de distintas maneras, en todas las palabras: ¿cómo lo hacemos?, ¿cómo volvemos salvífica nuestra experiencia de saber?, ¿cómo puede la Verdad que anunciamos escrutar los saberes? Muchas de nuestras fallas no provienen de nuestra mala voluntad (aunque algunas sí): algunas sólo vienen de qué no sabemos cómo hacerlo; provienen de nuestra pobreza, provienen de nuestros miedos e inseguridades, de nuestros límites. Respecto a ello, vamos a proponer dos indicios, que no proceden de mí, sino de la experiencia viva de la Iglesia a través de los siglos de su historia, de lo que ha aprendido de sus errores, de lo que ha logrado recuperar al abrir su memoria a Dios.

Primer indicio: en continuidad con el Misterio de la Encarnación, en el que creemos, cada ciencia está llamada a ser ella misma. O sea, ciencia, saber, con su metodología y su fundamentación epistemológica, con sus exigencias de rigor y profundidad. Un saber está llamado a ser saber y no una mezcla artificial de un poco de piedad más un poco de moralina. Porque aunque el Misterio en el que creemos nos exige una conversión de nuestra vida y nuestras costumbres, altura ética en el ámbito de lo personal, lo familiar, lo social, la presencia de lo religioso como contenido de un saber, no equivale a dos o tres recomendaciones sobre cómo debe vivirse.

Y esto por tres razones: a) porque nuestra exigencia moral sólo es cristiana si acepta ser elevada a la configuración con Jesucristo y volverse parte integrante pero no equivalente a la profunda transformación de vida que supone la conversión en clave de Redención del hombre y del mundo (por lo tanto, ayudar a nuestros alumnos y alumnas a obrar el bien es muy bueno, no necesariamente cristiano); b) porque el deber que posee quien enseña es enseñar, tal es la exigencia moral ineludible que atraviesa la labor de todo docente; c) porque aunque los valores cristianos formen parte de nuestros objetivos actitudinales o impregnen nuestros procedimientos, no entran en el núcleo mismo de un saber, que consiste en aquello que sabe y en cómo logra saber. Por lo tanto, una ciencia incorpora un contenido religioso cuando desarrolla con su rigor de ciencia la investigación y la transmisión de aquello de lo que puede legítimamente hacerse cargo como ciencia: el análisis literario de un texto, el conocimiento histórico de los hechos que forman parte de la vida cristiana; o incorpora también su dimensión religiosa como saber cuando se anima a hacer la experiencia radical de conocer hasta el límite de lo que puede conocer (tales también el sentido de la inclusión de los no creyentes en su experiencia radical de conocimiento). Algunos saberes pueden integrar sus contenidos; otros pueden integrar la seriedad de su búsqueda como saber. Porque en lo que hay de Verdad en nuestros saberes, no sólo hablamos los hombres y mujeres que los producimos: también clama la voz de Dios. Ahí también se experimenta la vida de Dios volviéndose pan eucarístico para la vida de los hombres y mujeres que amamos.

Segundo indicio: el saber tiene también la posibilidad de una dimensión contemplativa, de avizorar en él la presencia y belleza del Misterio de Dios. Por lo tanto, así como algunos sólo ven aquí la belleza de las montañas y las nubes; la luna recostándose; en los ojos de otros la belleza deposita en su alma el rostro del Dios

viviente. Contempla: es llevado a la maravilla del amor de Dios. La dimensión contemplativa no se contrapone a nuestra posibilidad de saber y sus métodos; el Dios al que anhelamos contemplar también espera por nosotros y por nuestros alumnos en el interior, en el medio y en el fin de nuestra ardua y hermosísima experiencia de conocimiento.

Una pastoral de los saberes los incita a que den pasos de saberes, en el nivel de excelencia que a cada comunidad educativa le sea posible. Incita a sus alumnos a la formación seria y rigurosa, acoge a aquellos que saben seria y responsablemente aunque no crean. Pero también propicia, anima, propone la apertura a la dimensión contemplativa de cada saber, dimensión que no se abre de cualquier manera para los que estudiamos; dimensión que no se abre desde nuestra afectividad superficial ni desde propuestas meramente afectivas. Pero dimensión que es dócil cuando una institución se anima a conmover y sostener la inteligencia de aquellas y aquellos que estamos radicalmente enamorados de la Verdad. Nuestra inteligencia se conmueve por la Verdad; no intenten abrirla con otra llave porque o romperán la llave o inutilizarán la cerradura.

Un catequista no debe saber seriamente todos los saberes. Pero sí debe saber seria y responsablemente lo que propone, desde el mejor de los instrumentos de capacitación y formación que le sea posible gestionar para sí. Si Uds. no desarrollaran su tarea en una institución educativa, podríamos hablar de otra manera; pero si están en ella, les es una tarea insoslayable. A la altura de sus colegas: no más, no menos. No transformen sus insuficiencias en el saber en un mecanismo de poder institucional. Anímense a la verdadera fraternidad cristiana: son hombres y mujeres entre otros hombres y mujeres. Piensen que el hecho de que el Misterio de Dios sea contenido explícito de su propuesta puede esconder el profundo vacío en el que Dios es sustituido por un privilegio institucional, porque la institución es confesional. Pregúntense a Uds. mismos si seguirían anunciando el Misterio Pascual en una institución que no fuera confesional, allí donde el Anuncio los transformara en marginales, los desplazara de tareas, redujera sus sueldos, ridiculizara sus personas. Pregúntense si se animarían o querrían anunciar el Misterio Pascual si esto no implicara ningún privilegio institucional, sino todo lo contrarios.

No vacíen las aulas de saber, porque sus alumnos creerán que Dios no tiene que ver con la experiencia humana de conocimiento, sino sólo con el impacto de su afectividad de niño o adolescente. No les confiamos nuestras hijas e hijos para que les hablen sólo de su situación existencia, sino para que les entreguen al Dios Vivo. No alejen a sus alumnos del Dios que ha dicho que es la Verdad, el Camino, la Vida. La incorporación de los signos, la incorporación de la situación humana a la catequesis, era para completar lo que había sido marginalizado en la historia de la catequesis, no para producir nuevos marginales, no para marginalizar el saber. Experiencia de la inclusión real.

Cada comunidad debe discernir, en el discernimiento del Espíritu, que escruta y sondea su vida y su historia, cuál es su desafío y su don. Su oferta está ahí, entramada en su vida y su historia, en sus actores y en su memoria, en sus dolores y en sus logros, en el impacto salvífico de aquellas religiosas que los han acompañado, incluida la trama de sus aciertos, errores, pecados. ¿Por qué buscan entre los muertos al que vive? ¿Por qué buscan entre lo que ya no tiene vida en sus comunidades a Aquel que vive y espera? El Anuncio del Misterio Pascual es un anuncio de pasión, muerte, resurrección y ascensión. Ser bautizadas en ese Misterio, ser sumergidas en ese Misterio es ser llevadas hacia el centro donde nuestra vida como comunidad, sus gozos y sus dolores, sus muertes, su posibilidad de resurrección y su devolución al Misterio de la altura y la profundidad de Dios, se transforma en nuestra historia y nuestra cotidianeidad, nuestros milagros y nuestra rutina áulica, el rostro que aparece en nuestra memoria comunitaria, el desafío de nuestro futuro. En la memoria de su propia vida comunitaria, en el hoy de su vida, les es ofrecido su don. Descúbralo, aquellos que aún no lo encuentran; entréguense a él, aquellas que ya lo han encontrado; sosténganlo, aquellas que sienten que sus manos tiemblan al recibirlo. No hay nada más difícil y hermoso que el don de Dios bendiciendo nuestra vida. Anímense a recibir la bendición de Dios, transmitan a sus comunidades la bendición de Dios, conviertan su vida y sus proyectos desde la bendición de Dios.